

CAPITULO IV.

Embajadores y embajadas.



URANTE los seis días de tregua que concedió Hernan Cortés, hicieron los tlaxcaltecas nuevas y vehementes demostraciones del deseo que tenían de conseguir la paz.

No podía darse un triunfo más completo para los soldados españoles.

Al fin volvieron los emisarios que enviaron á México los embajadores del emperador, y éstos se presentaron á Hernan Cortés.

Las negociaciones no habian adelantado nada todavía.

El emperador, segun le dijeron, deseaba ser amigo y confederado del soberano de los españoles, y añadieron que si lo deseaba, consentiria en pagarle todos los años un tributo, repartiéndole con él sus riquezas, toda vez que le consideraba como hijo del cielo, ó por lo ménos soberano de los países en donde brillaba la luz del día.

Pero al mismo tiempo imponia dos condiciones á Hernan Cortés: que renunciase á todo pacto con los tlaxcaltecas, que renunciase á su intento de dirigirse á México; porque segun las leyes del imperio, le estaba vedado presentarse á los extranjeros.

Los embajadores insistieron en que los tlaxcaltecas engañaban á Hernan Cortés al pedirle con tanta insistencia la paz, y

aseguraban que siendo muy taimados, aprovecharian la primera ocasion para vengar las derrotas que habian sufrido.

Hernan Cortés les escuchó con su acostumbrada benevolencia, y se limitó por de pronto á decirles que reflexionaria sobre las proposiciones de Moctezuma, y que responderia en breve plazo.

Al mismo tiempo les indicó que no intentasen sobornar á ninguno de los indios que le acompañaban, dándoles á entender que aludia á Marina.

—Porque si tal supiera, añadió, no solo castigaria á los que les diesen oídos, sino á los que procurasen apartarles de su deber.

Al obrar de este modo obedecia á una indicacion de Marina, que para librarse de las persecuciones incesantes de los embajadores, y al mismo tiempo para no quedar mal con ellos, queria ampararse de la autoridad de Hernan Cortés.

Si aplazó el ilustre guerrero la respuesta de los embajadores, fué porque quiso que presenciasen su entrada triunfal en Tlaxcala, acto que esperaba que fuese más solemne, porque aumentaria su prestigio y el de sus soldados á los ojos de los mexicanos; y para lograr sus intentos, no quiso desde luego manifestarles sus verdaderas intenciones.

Por órden suya, porque, como verán nuestros lectores, unia al valor del soldado la habilidad del diplomático, procuró que en Tlaxcala corriese la voz de que los embajadores de Moctezuma influian poderosamente en su ánimo para que no accediese á los deseos de los tlaxcaltecas.

Estos, que odiaban instintivamente á los mexicanos, sintieron aumentarse en su alma la indignacion que les profesaban al saber que eran rémora de la realizacion de sus esperanzas.

¡Con cuánta ánsia esperaban todos á los extranjeros!

Todo estaba paralizado.

No habia un sólo Tlaxcalteca que no tuviera fijos los ojos

en aquellos hombres, cuya llegada á la ciudad esperaban como el único alivio de sus desgracias.

Viendo que cuantos esfuerzos habian hecho hasta entónces habian sido inútiles, y que Hernan Cortés no se resolvía á abandonar su cuartel general para trasladarse á Tlaxcala:

—Si duda de nosotros, dijo Magiscatzin, si no le bastan nuestras protestas, si la gran muestra de generosa humillacion que ha hecho Xicotencal no es suficiente para probarle la sinceridad de nuestros deseos, yo opino que el senado en masa debe presentarse á su vista, y entregarse á su voluntad, para que de este modo pueda convencerse de la lealtad de nuestras súplicas.

Aceptada esta proposicion, una mañana muy temprano salieron de Tlaxcala todos los senadores con túnicas blancas y plumajes del mismo color, conducidos en palanquines, que llevaban sobre sus hombros los funcionarios públicos.

En un palanquin más espléndido, más lujoso que los otros, iba Magiscatzin.

Acompañaban á los senadores los individuos de las familias más distinguidas, y cerraba la marcha una inmensa multitud, ávida de saber el resultado de aquella nueva negociacion de los representantes de la república.

Hernan Cortés les recibió con las mayores muestras de amistad.

Hizo testigos de aquella manifestacion á los embajadores de Moctezuma.

Inútil es indicar el efecto que producian en ellos las demostraciones de los tlaxcaltecas.

Magiscatzin habló en en nombre de todos al caudillo de los españoles, y declaró solemnemente que todos quedarian á sus órdenes y en su poder hasta tanto que resolviera honrar con su presencia la ciudad.

—De lo contrario, añadió, si no accedeis á nuestros ruegos, si

desoís nuestras súplicas, nos volveremos á la ciudad, abandonaremos nuestros hogares, y en la soledad aguardaremos el último momento de nuestra existencia.

Tantas pruebas de adhesion y de afecto, resolvieron á Hernan Cortés á empeñar formalmente su palabra de que al día siguiente iria con su séquito á Tlaxcala.

Mandó regalar algunos objetos de los que llevaba á los tlaxcaltecas, y partieron satisfechos, porque no dudaron que cumpliría lo efrecido.

Al día siguiente muy temprano enviaron al cuartel de Hernan Cortés crecido número de tamenes para que condujesen todo el equipaje y la artillería de los españoles hasta la ciudad de Tlaxcala.

Hernan Cortés rogó á los embajadores de México que le acompañaran.

Negáronse, temerosos de que los Tlaxaltecas los persiguiesen.

Los mexicanos que habian ido á Tlaxcala, y habian conferenciado con Xicotencal, habian tenido que huir precipitadamente para no ser víctimas del furor de sus enemigos.

Hernan Cortés les aseguró que mientras estuviesen á su lado no correrian riesgo alguno.

Poco despues, al rayar el alba, se puso en marcha toda la comitiva.

Era el día 23 de Setiembre del año 1519.

No habian andado un cuarto de hora los españoles, cuando apercibieron cerca de ellos un confuso griterío.

Poco despues vieron aparecer á los dos lados del camino multitud de indios.

Las demostraciones que hacian, los gritos con que los acompañaban, hubieran hecho creer á los españoles que comenzaba de nuevo la guerra, si Marina no les hubiera manifestado

que también expresaban el júbilo de aquella manera los habitantes del país.

Y en efecto; las reverencias que hacían, los saltos que daban en torno de los españoles, la expresión de su rostro, todo indicaba en ellos una inmensa felicidad.

El bueno de Coria, que nunca perdía su buen humor, que alegraba la marcha de los soldados con chascarrillos, no pudo menos de aplicar su sátira á las demostraciones de los tlaxcaltecas.

—Les hemos vencido con las armas, dijo; pero nos van á vencer con los gritos.

En efecto; era necesario convencerse de que aquello era alegría para no hacerles callar por la fuerza.

Avanzaron los españoles y los zempoales, acompañados de aquella ingrata música, y ántes de llegar á la ciudad hallaron al senado en masa y á casi todos los habitantes de la capital, lujosamente ataviados, que salieron á recibirlos.

Nuevos vítores y aclamaciones, acompañados de las músicas de los tlaxcaltecas, rodearon á los españoles al penetrar en la ciudad.

No costó poco trabajo á la multitud abrir paso á la comitiva, porque todos anhelaban rendir homenaje y satisfacer su curiosidad viendo á los españoles.

Las indias arrojaban flores á los españoles.

Muchas de ellas se postraban de hinojos, y con sus demostraciones manifestaban el júbilo que sentían.

Los mismos sacerdotes, vestidos con el traje talar, que solo empleaban en los actos solemnes de su religión al sacrificar á las víctimas, salieron al encuentro de los españoles, llevando en la mano los braseros de copal, y llenando el aire del humo que despedía el incienso.

Magiscatzin condujo á Hernán Cortés al hospedaje que le había destinado.

Era el mejor edificio de la ciudad.

Constaba de cuatro patios muy espaciosos, al lado de los cuales había suficientes habitaciones para poder hospedar á todos los españoles que acompañaban al caudillo.

Hernán Cortés rogó al senado que le permitiese conservar en su compañía á los embajadores de Moctezuma.

Los españoles fueron alojados en las casas más principales de la ciudad, y en todo el día no cesaron las demostraciones de entusiasmo, de júbilo hacía los extranjeros.

No quedó un solo tlaxcalteca que no les llevase una ofrenda de más ó menos valor.

Aquel triunfo decidió la conquista del imperio de México.

El puñado de valientes que acompañaba á Hernán Cortés había logrado con su energía poner de su parte á todos los enemigos de Moctezuma.

Los embajadores del gran emperador estaban consternados en presencia del último triunfo que acababan de obtener los españoles. (A)

CAPITULO V.

Datos curiosos.

Lo que más llamaba la atención de los indios después de considerarlos como invencibles, era el color de su rostro, el traje que vestían, las barbas, de las que los de su raza carecían, y sobre todo los caballos, que consideraban como fieras, y las armas de fuego, que tomaban por rayos.

El haber obtenido la amistad de unos hombres tan poderosos, era para los tlaxcaltecas una felicidad inmensa.

En muchos días no cesaron las fiestas, la algazara, el entusiasmo público.

No salía á la calle un solo español que no fuese seguido por multitud de indios, que se desvivían por obsequiarlos.

Aunque estaba seguro Hernan Cortés de que no intentarían ningún golpe de mano los tlaxcaltecas, procuraba al abandonar su morada acompañado, y dispuso además que no saliese ninguno de sus soldados sin armas de fuego.

Estas muestras de desconfianza entristecieron á Magiscatzin, y pusieron en cuidado á los demas senadores, y hasta muchos de los tlaxcaltecas.

El presidente de la Asamblea de Tlaxcala fué á ver á Hernan Cortés para manifestarle cuán grande era su pena al ver las precauciones que tomaban sus soldados, cuando tantas pruebas de amistad les daban y tan deseosos estaban de complacerlos y servirles.

Hernan Cortés se apresuró á satisfacerle.

—No creas, le dijo, que la desconfianza es la que nos mueve á vivir de este modo. En nuestra tierra es costumbre amaestrar á los soldados en las épocas de paz para la guerra.

Las armas, además, constituyen un adorno de nuestro traje.

Asegurad á todos los tlaxcaltecas que no es desconfianza ni temor lo que nos mueve á vivir de este modo. Es la costumbre, es la disciplina, es la obediencia que debemos á nuestro soberano.

Satisfecho Magiscatzin, admiró unas costumbres que le parecieron de gran utilidad, y partiendo á comunicarlas á los demas senadores, aumentó el crédito que ya tenían á sus ojos los extranjeros.

Tranquilizáronse los ánimos, continuaron los tlaxcaltecas colmándoles de presentes, y Hernan Cortés pudo convencerse por completo de la sinceridad de sus aliados.

Persistiendo en sus propósitos, dispuso el jefe de los españoles que la mejor habitacion de su palacio se destinase á capilla.

En ella se levantó un altar.

Sobre el altar se colocaron las imágenes que llevaban, y los misioneros comenzaron á celebrar el sacrificio de la misa, á cuya ceremonia asistían los indios, poseídos de una profunda veneración.

Las creencias, las costumbres, los hábitos de los españoles les sorprendían y les encantaban.

En la ciudad no se hablaba más que de los extranjeros.

Se comentaban todos sus actos, y poco á poco iba aumentando el prestigio que ejercían sobre aquellas gentes.

Magiscatzin sintió un inmenso afecto hacia Hernan Cortés.

Visitábale á menudo, y por medio de Marina, á la que todos los tlaxcaltecas rendían un verdadero culto por el favor que disfrutaba con los españoles, le hacía mil preguntas para satisfacer su curiosidad.

—¿Eres mortal? preguntó un día á Hernan Cortés.

—¿Porqué me haces esa pregunta?

—Porque todas tus obras, y las de los que te acompañan, parecen sobrenaturales, y se hallan revestidas de una grandeza comparable solo con el poder de los dioses.

Ademas, veo que vosotros reconocéis otras divinidades, que no imitais á nuestros dioses inmolando en las aras de sus altares víctimas propiciatorias.

Vuestra religion no es, pues, como la nuestra, y me figuro que vuestros dioses deben ser sumamente bondadosos cuando no necesitan que padezcan algunos para dispensar beneficios á los demas.

—Tienes razon, contestó Hernan Cortés; ese Dios á quien nosotros adoramos detesta esos sacrificios estériles. No quiere víctimas. Pero no creas que somos inmortales.

—Y vuestro rey, ¿es inmortal?

—Tampoco; pero es el soberano más poderoso de la tierra; y ya lo es vuestro tambien, porque habiéndonos unido la paz, sois hermanos de los españoles y no podeis menos de obedecer á quienes ellos obedecen.

Las palabras del caudillo fueron escuchadas con la mayor atencion y recogimiento por Magiscatzin y los demas tlaxcaltecas.

Deseando iluminarlos poco á poco con la fe, Aguilar y el religioso fray Bartolomé de Olmedo les hablaron de las grandezas del cristianismo, dejándoles asombrados.

Hernan Cortés aprovechó el triunfo moral que acababa de obtener sobre ellos para aconsejarles que abjuraran de su religion y abrazasen el catolicismo.

Magiscatzin entónces dió una respuesta, que por lo original merece ser reproducida.

—No dudo, dijo, que el Dios á quien amais es grande, omni-

potente, superior á los nuestros. Pero segun yo creo, cada Dios tiene poder sobre el país de los que le adoran.

Aquí nos vemos asolados por los rayos y las tempestades.

Las avenidas destruyen nuestros campos.

La guerra diezma nuestros hermanos.

Para cada una de estas calamidades necesitamos un Dios.

No es posible que haya uno solo que cuide de tanto.

Fué de todo punto imposible hacerles variar de creencias en aquellos momentos.

Se manifestaban respetuosos con los españoles, y á cada momento preguntaban á Hernan Cortés:

—¿Nos defendereis de Moctezuma?

Este era en el fondo el verdadero motivo de las grandes atenciones que guardaban á los extranjeros. Otra súplica llena de candidez y de fervor hizo Magiscatzin á Hernan Cortés.

—No procures, le dijo, hacernos mudar de religion. Si se nos priva de ella, nuestros dioses inundarán nuestros campos, y las tempestades arrojarán sobre nosotros todo su furor.

—Con una condicion, exclamó Hernan Cortés, accederé á vuestros deseos.

—¿Cuál? Habla.

—La de que renunciéis á los sacrificios de sangre humana, sacrificios indignos que no podremos nunca consentir.

Los tlaxcaltecas se conformaron con esta condicion, y pusieron en libertad á los cautivos que tenian preparados para los sacrificios en las próximas festividades.

Estos cautivos solian estar ántes del día señalado para su muerte encerrados en jaulas, en donde ¡horror causa hasta el decirlo! hasta los engordaban para que recreasen su vista en el festin que con sus miembros ensangrentados celebraran los tlaxcaltecas despues del sacrificio.

Hubo un momento en el que Hernan Cortés creyó que de-

bería repetir lo que había hecho en Zempoala destruyendo los ídolos.

Pero el padre Bartolomé Olmedo le suplicó que no llevase á cabo aquella medida.

Trascurridos algunos días despues de los festejos, fué necesario dar una respuesta á los embajadores de Moctezuma.

CAPITULO VI.

De necesidad virtud.



los dos ó tres días de su estancia en Tlaxcala mandó llamar Hernan Cortés á los embajadores de Moctezuma, y les habló de esta manera:

—Tiempo es ya de que partais á manifestar á vuestro soberano todo cuanto habeis visto.

Decidle las instancias con que los tlaxcaltecas, despues de ser vencidos en reñidos combates, han querido el perdon y la paz.

Decidle la alegría que ha manifestado este pueblo al vernos llegar á sus muros.

Decidle, en fin, que si persisto en proseguir mi marcha para ir hasta su encuentro es más que por otra cosa para aprovechar la influencia que he logrado ejercer entre los tlaxcaltecas en beneficio suyo, consiguiendo que estos indómitos enemigos de su imperio le reconozcan y le acaten.

Los embajadores habian presenciado con profundo dolor las entusiastas escenas con que los tlaxcaltecas habian festejado á sus dominadores.

No podian dudar un solo instante de su poder.

Tristes nuevas eran las que iban á llevar á Moctezuma.

Pero en medio del pesar que experimentaban en vista de los hechos que habian presenciado, la promesa de Hernan Cortés, su propósito de aprovechar el triunfo que habia obtenido en be-